

El mundo postestratégico

RAFAEL L. BARDAJI

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

DESDE sus albores, el comportamiento humano ha elevado a la categoría de ley universal el dictum Clausewitziano de que, al final, lo importante es ser fuerte. Y, desde luego, en un mundo de anarquía natural en el que, como caracterizaba Thomas Hobbes, el hombre es un lobo para el hombre y donde entre los Estados no hay más autoridad que su propia voluntad, ser fuertes es mejor que ser débil.

En estas cuatro últimas décadas, el poder, esto es, la capacidad de imponer o conseguir de otro un comportamiento determinado, se ha entendido esencialmente como poder militar. Y no es de extrañar.

Por un lado, el clima político surgido tras 1945 estaba caracterizado por la hostilidad ideológica, política y social entre dos rígidos sistemas, el liberal-democrático y el socialista-totalitario; por otro, ese ambiente de permanente confrontación potencial, la llamada "guerra fría", encontraba su traducción militar en una continua preparación para la guerra.

Con la irrupción de las armas nucleares, la situación se complica sobremanera. No se trata de armas más potentes, sino de sistemas revolucionarios por su naturaleza: no sólo pueden lograr una destrucción masiva, sino hacerlo en escasos segundos. Con la posibilidad adquirida de que una nación poseedora de un arsenal nuclear pudiera destruir por completo a un oponente, la misión de las fuerzas estratégicas será, como preveía Bernard Brodie a mediados de los años 40, impedir que se produzca una guerra, no lucharla. Con el overkill y la destrucción asegurada, nadie podía resultar victorioso de una confrontación nuclear.

La estructura rígidamente bipolar

del mundo reforzaría dos hechos: en primer lugar, la percepción de que el riesgo esencial para el mundo libre provenía de la URSS y su potencial bélico; en segundo lugar, de que la única forma de contrarrestarlo, cerrada la puerta política, estribaba en el esfuerzo militar sostenido de las democracias occidentales.

Equivocado o no, esas fueron las valoraciones del momento. Y por ello, el encumbramiento de lo estratégico, de lo militar, a las más altas cimas de atención política. De hecho, podría afirmarse que durante todos estos años no existía la política, sino la estrategia: todo razonamiento político nacía del hecho de la confrontación y no podía poner en peligro el sistema de poder -poder militar- que compensaba en un delicado equilibrio un bloque frente al otro. Todo quedaba supeditado a la defensa frente a la URSS porque sin ese sistema de supervivencia no habría ni libertad ni prosperidad económica y bienestar social.

El estallido del bloque soviético en 1989 y la desaparición de la URSS a finales de 1991 quebrarían el mapa político salido de la segunda guerra mundial y, por ende, el panorama militar. Pero no sólo, transformando el mundo, el sistema de funcionamiento entre las naciones, también se acaba revolucionando el pensamiento sobre el mismo. Y eso es lo que está sucediendo ahora, con toda la lentitud, incertidumbre y ambigüedad de los días en que vivimos, cuando un mundo se acaba para dejar paso a otro nuevo.

UNA NUEVA MONEDA DEL PODER

En el viejo mundo, ese orden caído de la postguerra, un Estado era

fuerte si era fuerte militarmente. Esto es, si poseía un arsenal nuclear disuasorio o si sus fuerzas convencionales eran numerosas y eficaces. En el mundo al que vamos esto ya no va a ser así.

Si tomamos el potencial armado de las naciones hoy tendríamos que incluir entre las más fuertes a los Estados Unidos, Rusia, China, Ucrania, Francia, Inglaterra y quizá Alemania. Sin embargo, pocos analistas dirían que son las naciones realmente más fuertes o mejor preparadas hoy en día: Rusia es un auténtico desastre económico, social y político; Ucrania un país pobre, con potencialidades a desarrollar, pero sólo a muy largo plazo; China es un gigante de grandes lacras económicas, a pesar de sus reformas, y, en cualquier caso, muy limitado a su área regional; Los Estados Unidos tienen como meta, bajo el actual presidente, arreglar sus asuntos domésticos, que no son pocos, el mayor déficit exterior del mundo, un sistema educativo en quiebra, una competitividad industrial por los suelos... Francia ni siquiera logra liderar el proceso de integración europea en la actualidad e Inglaterra ya no es ningún Imperio.

Tal vez una anécdota ilustre mejor la pérdida relativa de peso de lo militar a la hora de valorar el poderío de un país. En 1987, el PNB italiano sobrepasó por primera vez al británico. Italia entera celebró el *sorpasso*, como una auténtica victoria nacional. Sin embargo, desde el Reino Unido, las cosas se veían, lógicamente, de otra manera: primero se subrayó que la metodología utilizada por los italianos no era adecuada; y luego se indicaba que, en cualquier caso, los hogares británicos disfrutaban de más lavadoras, vídeo-

os domésticos, televisores en color y teléfonos que los italianos. No era sorprendente.

Lo que sí resulta sorprendente para un analista militar es que el Reino Unido no hiciera comentario alguno a la indiscutible superioridad de sus fuerzas armadas. Es más, que no mencionase algo que ha sido la columna vertebral del orden de posguerra, el poder del átomo, el valor de su arsenal nuclear.

Y es que la moneda del poder contra un enemigo o adversario no siempre es la mejor frente a un amigo o aliado. Los italianos, al menos, creían que resultaba más eficaz en sus relaciones el poder de su riqueza.

UN NUEVO JUEGO

Quizá sea pronto para recalificar las profesiones como hace el hasta ahora prestigioso estratega Edward Luttwak, quien firma últimamente sus artículos como "geoeconomista". Pero no cabe duda de que lo estratégico, lo militar se está redimensionando a la hora de pensar y actuar en el mundo. Sin enemigos, los cañones ceden ante la mantequilla.

Si se miran los principales retos a los que nos enfrentamos puede comprenderse muy bien su por qué. ¿Cuáles son las preocupaciones más acuciantes de las naciones?

En primer lugar, agotar la antigua agenda de seguridad. Esto es, ejecutar los acuerdos de desarme logrados. Pero siendo honestos, hay que reconocer que el control de armas es hoy mucho menos importante -en tanto que proceso negociador- que en años pasados. De hecho, la firma del acuerdo START II, auténticamente revolucionario desde la perspectiva de la guerra fría, ha pasado sin pena ni gloria ante una humanidad preocupada cada vez menos por el holocausto nuclear y cada día más por su puesto de trabajo.

El desarme es todavía relevante no para fijar unos equilibrios de fuerzas artificiales, como antaño, sino para lograr una desnuclearización cooperativa con las antiguas repúblicas ex-soviéticas, única forma de borrar definitivamente el fan-

tasma del uso no autorizado de sistemas nucleares o una proliferación galopante.

En segundo lugar, garantizar una transición pacífica de los sistemas del Este. Por un lado, el reto está en conseguir un total desmantelamiento de las viejas estructuras soviéticas de la ex-URSS y, por otro, asegurar la gobernabilidad de los países centroeuropeos en tiempos de dura crisis económica, fácil caldo de cultivo para opciones totalitarias, hipernacionalistas y desagregadoras.

Sin embargo, la posibilidad de que los centroeuropeos y las repúblicas que formaban la Unión Soviética gocen de gobiernos estables -gobiernos fuertes- poco tiene que ver con poseer unos buenos ejércitos. Se trata de un problema de cohesión social, cultura y legitimidad política. De hecho, la ayuda ofrecida por la comunidad occidental pasa por la asesoría política sobre sistemas políticos, régimen de partidos, procesos electorales y otros asuntos del dominio de la politología.

En tercer lugar, los occidentales deben protegerse del caos y la violencia asegurando, al menos, unas ciertas zonas de orden. Primeramente se deben contener o limitar los riesgos de escalada horizontal de los conflictos étnicos hoy abiertos en Europa y se debe organizar la ayuda humanitaria esencial para aliviar los sufrimientos de los civiles desgarrados por las guerras. En la medida de lo posible, además, puede pensarse en misiones de paz.

Cierto, aquí el uso de las fuerzas armadas es evidente. Sin embargo, se trata de una utilización discriminada en sus fines y, por lo tanto, en sus medios. Es verdad, frente a Sadam Husein hubo que aglutinar a medio millón de hombres, pero es dudoso que se vuelva a plantear una situación semejante. Todo parece indicar hoy que los escenarios probables van más en la línea de las actuaciones en la antigua Yugoslavia: fuerzas multinacionales al servicio de ONU, de contingentes reducidos, jugando un papel moderador y no directamente de combate.

En cuarto lugar, el propio ejemplo

de Irak, supone que para garantizar esas bolsas de paz, los occidentales deben preservarse de la tentación proliferadora de ciertas naciones en el Tercer Mundo. Los israelíes bombardeando el reactor iraquí de Osirak consiguieron retrasar el programa nuclear de Bagdad, pero no anularlo. Al contrario, lo volvieron más opaco y secreto. Es más que dudoso que en la actualidad alguna nación avanzada y rica desencadenase un ataque parecido contra un país sospecho de querer llegar a ser una potencia nuclear. Si se quiere frenar la proliferación de sistemas de destrucción de masa, habrá que encontrar otra manera.

En quinto lugar, alertar de los problemas globales que pueden poner en peligro la seguridad de las naciones pero cuya naturaleza no es militar. Qué duda cabe que para muchos países la combinación de superpoblación y pobreza les vuelve un terrible cocktail explosivo. O que los vertidos contaminantes y demás residuos pueden alterar dramáticamente el frágil ecosistema que sustenta la vida en el planeta. O que el SIDA puede llegar a borrar pueblos enteros del mapa en África y suponer una gravísima carga social y económica en los países adelantados. O que las drogas minan los cimientos sociales más básicos...

Finalmente, garantizar el bienestar de los ciudadanos y el crecimiento de la economía mundial.

Esto es, si se prefiere, hoy la supervivencia, en tanto que sociedades libres, no se ve amenazada por ningún enemigo. Ciertamente, queda la incertidumbre y las malas sorpresas a las que nos tiene acostumbrados la Historia, pero las reglas de los sistemas, las lógicas de funcionamiento, sirven para las situaciones cotidianas, no para las crisis, donde se reacciona de otra forma. Y en eso, el naciente universo político es claro: lo político, lo social, lo económico es determinante; lo militar subsidiario. Un país es fuerte si es rico, si cuenta con un proyecto social común y si puede y quiere defenderse llegado el caso. Y no lo es por acumular carros de combate u ojivas nucleares.

EL PODER DE LA MONEDA

Si lo importante no son las cabezas nucleares y el número de carros de combate, sino el control de la deuda nacional, la inversión productiva y la capacidad de decisión sobre las tasas de interés, si el uso de las fuerzas armadas va a ser limitado, defensivo, en colaboración con otras naciones, posiblemente alejado del suelo nacional y en misiones de carácter humanitario o pacificador, no es de extrañar que se hable de reconversión militar.

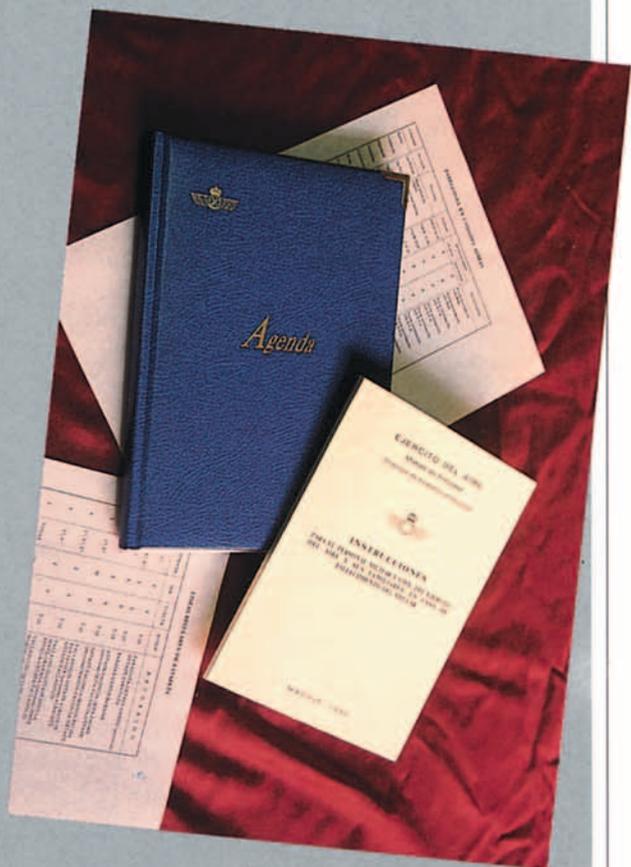
El universo político es, en gran medida, un universo presupuestario, de ahí que en los últimos años la adaptación al nuevo mundo sólo haya tomado una forma simple: la disminución de los presupuestos de defensa.

De ahí también que muchos militares se intentan defender ampliando el concepto de seguridad y sus misiones a terrenos no específicamente militares. Recordemos el Kitty Hawk patrullando las aguas del Caribe en un intento de demostrar su valía en la lucha contra el narcotráfico. Sin embargo, como las circunstancias en el Golfo han puesto de nuevo de relieve, el fuego es para los bomberos, y las fuerzas armadas están hechas para luchar.

La adaptación al mundo en cambio es una exigencia de los tiempos. Como le dijo Gorbachov a Honecker, "a quien se retrasa, le castiga la Historia". Las fuerzas armadas deben ser conscientes de que el factor militar, pese a la imperante violencia en el mundo - esas "guerras de pigmeos" que decía Churchill - no es el elemento determinante de la jerarquía naciente entre las naciones. Y deben pensarse honestamente qué papel pueden jugar en ese nuevo mundo y en qué pueden contribuir a volverlo más estable y pacífico. Y en qué no. Y cuando tengan que actuar, con qué fuerzas y con qué armas.

La mejor receta para sobrevivir es conocer los límites de cada uno.

Saca partido a tu tiempo y....colabora con las Damas de Loreto



*Estarán a disposición de los interesados
en el despacho de las Damas de Loreto,
puerta B-96 del Cuartel General,
al precio de 500 Pts
la Agenda y 100 Pts el Libro*